SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA –A-
Padre pedrojosé ynaraja Díaz

TEXTOS

Del Génesis 12, 1-4a

En aquellos días, el Señor dijo a Abrán:
—«Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré.
Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición.
Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo».
Abrán marchó, como le había dicho el señor.

De la segunda carta de san Pablo a Timoteo 1, 8b-10

Querido hermano:
Toma parte en los duros trabajos del Evangelio, según la fuerza de Dios.
Él nos salvó y nos llamó a una vida santa, no por nuestros méritos, sino porque, desde tiempo inmemorial, Dios dispuso darnos su gracia, por medio de Jesucristo; y ahora, esa gracia se ha manifestado al aparecer nuestro Salvador Jesucristo, que destruyó la muerte y sacó a la luz la vida inmortal, por medio del Evangelio.

del evangelio según san Mateo 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.
Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.
Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.
Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:
—«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».
Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:
—«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo».
Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.
Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:
—«Levantaos, no temáis».
Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.
Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:
—«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».

COMENTARIO

Una de las satisfacciones más grandes que uno tiene cuando peregrina a Tierra Santa es desplazarse por lugares relacionados con el patriarca Abraham. Digo cuando puede, ya que, generalmente es imposible.

El Patriarca lo es de judíos, musulmanes y cristianos, así que cuando uno está en estos lugares, deberíamos disfrutar unidos, los fieles de las tres Fes monoteístas, pero no es así. Dificultades de orden político lo impiden. Debo advertir, por lo que he observado, y lo lamento, que los peregrinos cristianos se muestran indiferentes a estos sitios. En Siquem se inicia la historia de la Salvación. En Beer-Seva y en Mambré quedan todavía pozos que escavó el Patriarca. Y en Hebrón, acompañado de los demás patriarcas y matriarcas, está enterrado.

He visitado en varias ocasiones estos lugares, no diré que emocionan, la verdad, más bien es que impresionan seriamente.

El fragmento de su historia que se proclama en la misa de hoy, pertenece a la parte de narración en la que todavía no se había manifestado la predilección de Dios y por tanto no le había cambiado de nombre.

(como cualquier otro relato bíblico el de la historia de Abraham es sometido a la investigación, o más bien a duda histórica, no obstante, la mayoría está de acuerdo de que fue un gran beduino, que emigró a occidente en busca de mejores pastos para su ganado en época de radical sequia, es lo que él creía, lo que era su única motivación, en realidad Dios le empujaba a aquellas tierras para iniciar una realidad única: hacerse amigo suyo y compartir con él proyectos de salvación. Proyectos con él y su descendencia que sería colaboradora predilecta.

(Y no se olvide que en esta descendencia estamos incluidos nosotros).

Por el único motivo de la brevedad que me exijo, queridos lectores, no me detendré en comentaros la segunda lectura litúrgica.

La verdad es que el episodio de la Transfiguración en el Tabor no me había interesado religiosamente nunca. Pensaba que había sido una experiencia exclusiva que tuvieron los discípulos predilectos para gozo suyo y poca cosa más.

Empezó a cambiar mi opinión al poco de llegar a Jerusalén por primera vez. Observé que pasaba por la calle una solemne procesión. Pregunté el motivo y me contestaron, es que hoy aquí se celebra la Transfiguración. No me inquietó el motivo, dicho sea sinceramente, cada pueblo tiene sus fiestas a las que no necesariamente uno deba incorporarse.

El proyecto del viaje al Sinaí era cosa seria, costosa y complicada, pero todo salió bien. La primera noche dormimos sobre la arena del desierto, en el hotel de las diez mil estrellas, así lo llamó nuestro guía. Deseaba que amaneciera para observar con detalle las montañas, la montaña de Moisés y su monasterio al pie.

Llegó la aurora, la fortaleza-santuario no me decepcionó, dada su solidez y los misterios que en su interior evocaba. Fue preciso esperar un buen rato para poder entrar.

El iconostasio tapaba la decoración del ábside. Al cabo de un rato pudimos ver las pinturas e interpretar su significado. El monasterio no estaba dedicado a Moisés, ni a la Ley, ni al pueblo del Éxodo. Estaba dedicado a la Transfiguración. Me sorprendió y pensé que debía meditar con más profundidad el misterio al que nunca anteriormente había dado la menor importancia.

Os resumo, queridos lectores, mis conclusiones. Situado imaginativamente en la alta Galilea.

Probablemente el Maestro y los discípulos, como todo Israel celebraban aquellos días las fiestas de Sukot. El pueblo recordaba el antiguo Éxodo, agradecía la reciente cosecha y vivía, más o menos, al aire libre, al abrigo de elementales cobertizos, a semejanza de las haimas de los beduinos que iban ilusionados a la Tierra Prometida. Al Señor se le ocurrió abandonar el llano y con sus predilectos subir a la ya de antiguo, enigmática y santa montaña. Evidentemente, irían a pie, yo siempre he ido en coche, no soy tan rico en tiempo como, Él que sí podía caminar sin prisas. (De todos modos subir conduciendo el vehículo por una carretera estrecha y de cerradas curvas, también supone esfuerzo y atrevimiento).

Llegarían a la cumbre cansados y se quedarían dormidos al poco de detenerse y sin los remilgos que dictaban las normas.

Ya sabéis lo que ocurrió. Pedro fue el primero que se dio cuenta del fallo que habían tenido, al no cubrirse con alguna elemental techumbre, como, vuelvo a repetir, estaba mandado Estaba dispuesto a corregir la falta, impetuoso como era su temperamento, pero no era preciso. El Señor no había subido con ellos a dormir a pierna suelta.

Moisés y Elías, más que vivir, la realidad era que existían y también, de modo semejante el Maestro, su apariencia era maravillosa, distinta, vigorosa. Los discípulos fueron espectadores de una existencia que no estaba encorsetada en el espacio/tiempo. Existían, sin dejar de ser ellos mismos, no hay que dudarlo, pero ahora de manera superior: la Trascendencia.

Es lo que respecto a la Transfiguración yo he aprendido. Cuando me muevo por la alargada cima del Tabor, me gusta detenerme un momento en la iglesita que está al lado mismo del camino y edificada en honor de aquello que les dijo después de la maravillosa experiencia, *"no contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos"*

¿a quien se le ocurre hablar de muerte aunque implique resurrección?.

Este episodio me ilustra y consuela: debo recordar, tener la Esperanza, de que también podremos gozar en la Trascendencia de una semejante transfiguración existiendo eternamente. Que no es acompañado de un reloj que va monótonamente funcionando hasta llegar a aburrir.

La existencia trascendente es otra cosa. Aunque sea misterio, tenemos pruebas. Este es para mí principalmente el mensaje de la Transfiguración de Jesús. Moisés y Elías.